

“A PROPOSITO DE FILOCTETES DE HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL”

Por Apolinar Núñez

Héctor Incháustegui Cabral (1912–1979) es fundamentalmente poeta, incluso en su teatro. Un poeta nacional apegado a lo telúrico, a las realidades más abismales de un pueblo colocado en el mismo trayecto del trópico. Sus poesías son instancias de vida rural, reproches a la explotación del hombre, testimonios de un existencialismo donde se conjuga todo tipo de reventamientos morales y metafísicos. Su poesía es una versión, más allá de lo que proponen las apariencias de un país pateado, dolorido y, sin embargo, sumergido en esperanzas. “Sale al mundo —anota Anderson Imbert— y saluda con potente voz los paisajes patrios y, sobre todo, al hombre, al hermano hombre. Se lamenta de sus penurias humanas y clama por un orden social más justo”¹.

Nació en Baní, República Dominicana. Junto al trabajo poético enlazó el periodismo, la crítica literaria, la narrativa, la vida diplomática, la academia.

El conjunto de sus obras teatrales (siempre en verso) integran una trilogía: Prometeo, Filoctetes e Hipólito. La primera sobre un tema de Esquilo, la segunda recreando a Sófocles y la tercera recurriendo a Eurípides. “Héctor Incháustegui —señala Manuel Rueda— se manifiesta en estas obras teatrales en toda su madurez poética. Nunca su verso ha sido tan sabio ni tan emotivo y nunca esas cualidades habían sido en él tan operantes, tan llenas de implicaciones dramáticas”².

Antes de colocarnos en la atención de las acciones de sus personajes, Incháustegui nos asalta con una premonición. En efecto, sus tres tragedias vienen precedidas de un título mayor: Miedo en un puñado de polvo, y con el anticipo de dos epígrafes, uno de T. S. Eliot:

*“Y ahora te mostraré el
miedo en un puñado de polvo...”*

y el otro, tomado del Génesis, 8.2:

*“Y vuestro temor y vuestro pavor
será sobre todo animal de la tierra,
y sobre cada ave de los cielos, en todo
lo que se moverá en la tierra,
y en todos los peces de la mar...”*

Esta antesala a sus obras nos sugiere que el miedo marcará todas las andanzas de sus personajes centrales o será la explicación centralizadora y dinámica de su universo dramático. “El miedo —dice Veloz Maggiolo— es su preocupación principal. El hombre frente al miedo; el hombre atemorizado; el hombre aplastado por su mundo de temores, y temeroso —valga la redundancia— de su propio temor”³.

Las tres tragedias están goznadas, pues, por un tema absorbente, constante: el miedo. Miedo que arroja a sus personajes principales a un destino maldito, irreversible, mortal. Personajes reclutados en el mundo trágico de los clásicos griegos y proyectados en el universo contemporáneo amenazado en sus raíces más profundas. “Es lo que con mayor énfasis y claridad —añade Manuel Rueda— puede ser estudiado en su teatro. Los mitos clásicos son revitalizados con valentía, imponiéndose la fuerza poética sobre la vivisección que él hace realizar al psicoanálisis en lo más profundo de la conducta humana. El hombre moderno, apegado aún a los símbolos de la antigüedad clásica busca urgentes respuestas a preguntas que encarnan toda la problemática de la existencia. Aguijoneado por un afán de universalidad, el poeta hace suyos los símbolos imperecederos. Nacen así su Prometeo, su Filoctetes, su Hipólito y con ellos ese miedo ancestral del cual el tiempo, la sabiduría, el amor y la supervivencia no son más que aspectos alucinantes”⁴.

Filoctetes, una tragedia en tres actos, apoyada en una estructura versal libre fue escrita en 1961 y puesta en escena en 1963. Con pocos juegos escénicos y con escasas acotaciones nos circunscribe a un ambiente de “mil novecientos, casi sesenta...”⁵.

Cinco personajes se movilizan en este ambiente: Filoctetes, José, Vidal, El Coronel y el hijo de Filoctetes.

Filoctetes es la historia de los vanos esfuerzos para arrancarle a un químico patólogo, recluido en Isla de Peñas, una fórmula para combatir el miedo. Ante la amenaza de una guerra en el Reino

(Inglaterra) recurren a él delegados del Rey y del Ejército buscando su fórmula bioquímica del miedo. El primero es José (el Neptólemo sofócleo) que consigue maliciosamente la fórmula escrita en un cuadernillo, pero, arrepentido, se la devuelve a su autor. Luego, llegan Vidal (rector de la universidad en que enseñaba Filoctetes) y un coronel. Estos tratan de sonsacarle la fórmula con promesas de dinero y gloria, con la presencia de un hijo de Filoctetes traído por los emisarios a la Isla de Peñas. De Filoctetes sólo reciben insultos, negativas, y ante las amenazas de muerte, se envenena.

Correspondencias entre dos tragedias

La comparación de personajes y sus situaciones presentados en Filoctetes de Sófocles y Filoctetes de Incháustegui Cabral nos permitirá elaborar un conjunto de correspondencias, de coincidencias y diferencias. Este ensayo sólo abarcará una mínima cuota de este universo de posibles relaciones.

Lugares

Lemnos igual que Isla de Peñas son islas rocosas, de superficie desigual, con un monte que lo trepa un sendero escarpado, de extensión indefinida, de flora imprecisa, de fauna compuesta de bestias (en Sófocles) y gaviotas y peces (en Incháustegui). Es una flora y una fauna que no ofrecen peligro mortal, no exigen grandes desafíos para sacarles provecho, y sirven para mantener precariamente a un hombre reducido al abandono.

En Lemnos Filoctetes sólo posee dos objetos originales de su civilización: un arco y flechas. En Isla de Peñas nos encontrábamos con una cabaña de madera mal labrada adornada con un estante de libros, un microscopio, tubos de ensayo en ringlera, lamparillas de alcohol, una grabadora, un radio-transmisor y “cuelgan alambres negros remendados con esparadrapo que terminan en una bombilla amarilla y sucia” (I., pág. 97). Además, se sirve whisky con cubitos de hielo y los emisarios llegan en helicóptero.

Resulta difícil adivinar la necesidad de la presencia de aquellos objetos como el hielo y los alambres que no cumplen ningún motivo útil para la composición del lugar ni para la caracterización de los personajes. Por lo contrario, hacen perder el sentido de abandono o reclusión en que se encuentra sumido Filoctetes.

Junto a esos objetos prescindibles cuelgan también un enorme

arco y una aljaba con cuatro o cinco flechas. En Sófocles, esos objetos tienen un cometido, son recursos, imprescindibles para salvar la historia del personaje central que los utiliza para su supervivencia, su sustento. En Incháustegui son meros adornos que resultan innecesarios, superfluos tanto en lo escenográfico como para la supuesta idea de adecuación situacional con el personaje sofócleo, ya que el cúmulo de referencias a la tragedia de Sófocles hace suponer el parentesco entre los dos dramas. Es una trasposición excesiva, recargada, viciosa.

En Sófocles, Filoctetes vive en una región primitiva en una cueva entre harapos, pus... imbricado en un primitivismo conveniente a su abandono. En Incháustegui, Filoctetes reside en una isla con cierto confort elemental incongruente con la historia de un despatriado que debe finalizar su vida fuera de todo apoyo y cuidado de sus ciudadanos.

Filoctetes y el dolor

El Filoctetes de Sófocles es un hombre de armas, amigo de Hércules, compañero de Aquiles "a quien los dos generales y el rey de los cefalonios echaron ignominiosamente"⁶ de su patria y Ulises lo deja abandonado en Lemnos, "pues de la llaga que lo devoraba le destilaba el pie gota a gota" (S., página 721) y no les dejaba celebrar en paz ni las libaciones ni los sacrificios "porque con sus fieras maldiciones llenaba todo el campamento, vociferando y dando desgarradores lamentos" (S., pág. 721). Tres razones arrastra para sentir dolor: la expulsión, abandono y la llaga producida por una víbora ponzoñosa que le causa un dolor traspasante, imposible de ocultar. Un dolor que le hace solicitar a Neptólemo que le corte el pie (S., pág. 746). Es un dolor a intervalos que se va cuando se sacía (S., pág. 747). Es un dolor que le impulsa a preferir la muerte (S., pág. 748). Es el mismo dolor que le producirá el sueño suficiente para que Neptólemo se apodere de su arco (S., pág. 750). Es un dolor ligado a su vida, que le impide caminar y que se le curará por designio divino teniendo luego una posible gloriosa vida (S., pág. 774).

El Filoctetes de Incháustegui es un hombre alto, de unos cincuenta años, investigador, adicto al whisky "que le arranca del estómago el temor..." (I., pág. 98) y le anestesia las paredes del estómago. Vive en Isla de Peñas como un Robinson. Ha sido expulsado del Reino por sus ideas peligrosas para el Estado.

Su dolor es causado por una llaga que tiene metida en el cerebro,

es la llaga de la ciencia, del continuo racionalismo que le ha anulado todo sentimiento de amor o sexo:

*"...Está seca la fuente,
bestia con el instinto estrangulado
semidiós sin sexo y sin amor" (I., págs. 128–129)*

Y todo sentimiento de dolor y alegría:

*" ¡Quién pudiera de nuevo atormentarme!
ieso es morirse poco a poco,
no tener ni angustias ni hambres ni dolores!
Ser indiferente a lo que mata,
no sentir cuanto la vida justifica,
tornarnos insensibles
y no saber del dolor ni de la alegría,
no tener necesidades,
extinguirnos en una paz que es peor que la bata-
lla..." (I., pág. 129)*

Un dolor que le arranca la vida toda centrada en el miedo:

*" ¡Que nadie se atreva contra el miedo:
es mi ancla, mi vela y mi timón! " (I., pág. 129)*

Su dolor proviene de una llaga no física, sino mental. Un dolor que sólo se acaba con la muerte, el suicidio. Un suicidio consecuencia de su dolor y de su negativa a abandonarse a las condiciones que le desean imponer los hombres de Estado. Aunque pudiera argumentarse también que es fruto de su conciencia culposa, de su imposibilidad de vivir en un mundo que detesta o que simplemente arrastra un desequilibrio entre su dolor y su hybris.

Su suicidio llega, a su vez, condicionado por su insubordinación y su continua arrogancia (característica de muchos personajes épicos) y con insistentes justificaciones de su autoridad científica. Y se enfrenta a la muerte con altivez, con nobleza, sin cuestionar lo innecesario de su pérdida, su ausencia de su mundo convirtiéndose en un ejemplo de autenticidad, de desafío y rebeldía, que proyecta una imagen heroica con una visión trágica de la pérdida no necesaria de un valor, de un académico, un intelectual que no doblega sus ideales.

Los dos Filoctetes están condenados a un estado de vida común: el abandono, el aislamiento, el dolor. El de Sófocles con hambre y

miseria alimentando su voraz enfermedad (S., pág. 731), el de Incháustegui sosteniendo sus penas con el alcohol siempre a su disposición. A éste la llaga en el cerebro no le impide caminar, pero le molesta para sentirse feliz. Le mantiene obcecado, rumiando su sabiduría, con una existencia frágil, con fácil acceso para su destrucción. Es un ser apegado a sus absurdos, su inutilidad, con la imposibilidad del escape, de elegir. Es un personaje un poco para la muerte.

A los dos Filoctetes, el dolor los eleva, los dignifica porque lo vencen. Les mantiene su temple individual, sus convicciones firmes sin ningún forcejeo para el arrepentimiento. En Sófocles, el dolor tiene una compensación prometida por los dioses. En Incháustegui, Filoctetes carga con su dolor entero hasta el mismo golpe final de la muerte. No acapara ninguna pista de redención. El dolor de su llaga, de sus males no recibe la mínima muestra de correspondencia divina. En efecto, al Filoctetes de Incháustegui todos sus actos y pasiones, premeditados o no, le inducen al abatimiento total no teniendo una manifiesta recompensa al dolor acumulado, como si a su pecado no le correspondiera ningún perdón.

En Sófocles, Filoctetes resiste el dolor, se duele de su mundo trágico, pero sufre con resignación la soledad y el abandono. Por necesidad aprendió a resignarse en la desgracia (S., pág. 739). Maldice a quienes le abandonaron, pero no cuestiona las causas ni ataca ni objeta a la sociedad que lo redujo al abandono. En Incháustegui, Filoctetes discurre sobre las causas de sus males. Se burla y ridiculiza a los patrocinadores de su dolor. Los abomina. Se convierte en un contestatario. Defiende a toda costa los valores del hombre universal y se ríe con ironía y desdén del orden político que lo condenó al aislamiento. Condena y denuncia lo irracional y absurdo de su gobierno con sus normas y sus actitudes belicistas importándole muy poco el valor patrio.

La patria

Todo el destino de Troya está pendiente de Filoctetes: "Sus flechas son las únicas que pueden tomar a Troya" (S., pág. 725). Su deseo más constante es el regreso a su patria (S., pág. 727), contemplar con alegría la tierra etea (S., pág. 744), su patria mansión de las ninfas meliadas (S., pág. 745). Y su destino es: salvar a su patria. Toda su idealidad se sostiene en la posibilidad, bajo cualquier sacrificio, de objetivar su deseo de redimir su suelo patrio. Es un personaje que aflora optimismo porque cree, confía en un ideal a

pesar de sus penurias, sus tristezas, sus rencores. Sus limitaciones físicas no le transmiten pesimismo. Aunque puede argüirse que lleva aparejada una solapada incapacidad de atreverse al pesimismo cifrada en buena medida por su esperanza en los dioses que le impulsarán al heroísmo.

El Filoctetes de Incháustegui es tenido como un sospechoso por su gobierno “porque recibía cartas de potencias enemigas, insinuaciones de potencias extranjeras...” (I., pág. 105). Se le teme porque es posible que su vacuna contra el temor caiga en manos enemigas (I., pág. 105). Por eso se le aísla. Esta expulsión de su patria, de su tierra, le hará alimentar constantemente su rencor. Un rencor que le desarrollará la negación del valor de patria:

José
“Entonces la patria se ha salvado
Filoctetes
“¿La qué...?” (I., págs. 111–112)

Y se declara un ente universal, fuera del tiempo y del espacio sin ninguna ligazón a su tierra:

“...Hay dos maneras de vivir: en una aldea,
patria de los miopes y los necios,
y en el universo,
fuera del tiempo y del espacio, y por lo mismo
dueños de cuanto se mide y no se mide”
(I., pág. 112)

Además, le importa muy poco que su patria esté en peligro. Considera que de ninguna manera puede salvar a su patria condenando a otros hombres que también viven en peligro:

“Si está en peligro, el peligro
es seguro para todos.
Peligra también el enemigo.
Todo lo que es mal salta las fronteras.
¿Usted (José) acaso se imagina
que puede lo incurable ser curado
en un pedazo de la tierra
nada más por patriotismo?” (I., pág. 113).

Y prefiere morir antes que ayudar a su patria:

José

*“Vendrán por el secreto y lo tendrán,
aunque tengan la vida que arrancarle.*

*¡Lo que un pueblo necesita
nadie puede negarlo si está vivo!*

Filoctetes

*¡Pues se me ocurre! ¡Vamos a morir
y a morir acompañados!” (I., pág. 123).*

Cuando se refiere a la Troya conquistable por el Filoctetes de Sófocles, se comprueba su oposición al triunfalismo belicista, a la paz que se conquista con la guerra, insistiendo así, en su rechazo de cooperación para con su patria:

*“Troya no es la paz que se conquista
ni la paz que da abundancia.*

*Troya es el dominio del hombre por el hombre”
(I., pág. 145).*

En fin, Filoctetes es un crítico acérrimo a todo lo que sea Gobierno, Estado, Ejército de su patria y de cualquier pedazo del Universo:

*“Gobernar es ir derecho a la grandeza,
y la grandeza son ejércitos y barcos y cemento!”
(I., pág. 161).*

El Filoctetes de Incháustegui no espera nada de su patria. No lucha por ella. Ni se lamenta recordando el pasado en su tierra. Ni añora el regreso a su hogar, a la vida académica. Se aferra a una vida en soledad, un tanto primitiva junto a la pura naturaleza olvidando el tiempo que destruye o levantando velas en un mar que se ha secado o navegando por pretéritas arenas (I., pág. 112).

No aguarda ningún sueño de redención. No adelanta ningún juicio entusiasta a favor de su tierra. Su mundo exasperante y anulador de la llaga le impide alimentar el mínimo detalle de amor patrio. Su único amor embrujante está apegado a la ciencia. La patria sólo le ofrece la oportunidad de denunciarla, revelarla, mensurarla en sus alcances y propósitos a favor de la guerra. Denuncia que la explaya, la amplía a toda la familia de naciones que arrastran una política mediatizada por discursos, proclamas, cohetes, tesoros, espadas y chisteras.

Su heroicidad no está sustentada, pues, en la relación del triunfo frente al dolor ni en el vencimiento de enemigos usurpadores de los lares patrios, sino en su terquedad, en su negación de regresar. Regreso que significa claudicación. Su heroicidad no se apoya en su resistencia al dolor, sino en el acatamiento del dolor sabiendo su resultado, reconociendo con toda entereza su destino. Su heroicidad está avalada por el desprecio a una vida de oro, premios, confort... acatando entonces el suicidio.

En Sófocles, el dolor cumple una labor penitencial, de purgatorio, de maldición provisional que desemboca en un despliegue épico, triunfal: la liberación de una patria.

En Incháustegui, el dolor: un conjunto de teoremas mentales acuciantes en Filoctetes sólo revela o explica la clave de una vida frustrada que no ha encontrado soluciones psicológicas ni políticas para unirse al porvenir de su patria.

Lo trágico

Partimos de una concepción, de un supuesto básico: lo trágico es toda pérdida *no necesaria* de valores positivos que ocurre, sucede, se realiza inevitablemente⁷.

En Sófocles lo trágico se manifiesta en el abandono de Filoctetes con su arco y sus flechas a una isla deshabitada, en la imposibilidad física de regresar a salvar a su patria. Se nos presenta un valor personificado: un guerrero en condiciones adversas a quien se le ha eliminado su actuación de conquista, su razón de ser o trascender. Su presente y su futuro concreto están amenazados, contenidos, amordazados.

Filoctetes de Incháustegui es una continuidad o recreación de la tragedia griega. Se inicia enalteciendo las categorías del héroe confiriéndole principalía a sus valores intelectuales. Valores que son amenazados y que a su vez constituyen una supuesta amenaza para su pueblo. Al final, asistimos a un tercer acto con una pérdida doble *no necesaria* de valores: un resultado científico (la vacuna contra el temor) que no encuentra aplicación y la vida de un intelectual sacudida por el suicidio.

En Sófocles queda sugerida, al final, una peripecia triunfal, una historia futura de esperanzas, una compensación al héroe que ha desafiado un amplio espectro de calamidades. El sacrificio atormenta-

dor de la herida y el aislamiento es complementado por una afirmación divina de un futuro promisor. En Incháustegui no hay acechanzas ni premoniciones divinas ni atisbos de convenciones salvíficas. El valor del sacrificio no supone una clave gloriosa del porvenir. Hay, sí, un valor implicado: la lealtad de un hombre a una idea por la que es posible morir excluyendo excusas y lamentaciones. Este valor amenazado constantemente no es apreciado ni se le confiere una compensación en la estructura de la tragedia. Se revela y sugiere, sin frondosidad retórica, con cierto hermetismo y ambigüedad, al espectador o lector que lo puede adivinar o suponer. Es en esa pérdida *no necesaria* de valores y esa admisión oculta de identificación con esos valores que sufrimos la catarsis. Valores que son colocados por el autor en un plano imaginario, ficticio, pero válidos para alguna realidad vital que pudiéramos compartir o que son incrustables en alguna realidad real de existencia concreta de nuestro universo. Además, es factible sopesar la adecuación a la realidad real (no ficticia) de los valores negativos defendidos por los que se oponen a los valores positivos. Las presiones de Vidal y El Coronel contra las razones de Filoctetes son de una validez real en nuestro mundo concreto. Según Stern, también “la tragedia está llamada a mostrarnos, en el destino de un héroe ficticio, lo precario de nuestros más altos valores, mediante ejemplos concretos, dramáticos de valores morales, intelectuales, vitales, sociales o religiosos amenazados o en pérdida”⁸. El Filoctetes de Incháustegui no es dominado ni por la fuerza ni por las insinuaciones de ofertas de placeres y dinero. Las rechaza, las descarta con su muerte. Pero, su muerte no es una simple derrota, es la justificación del valor de sus razones. Es una derrota física, pero no moral. Es una derrota que conlleva su dignificación por lo cual nos sentimos satisfechos. Su suicidio es un enfrentamiento a valores negativos que no deben prevalecer. Es un indicador de su fuerza y su grandeza contra quienes desean aniquilarlo. “La fuerza del alma del héroe trágico —indica Stern— es más grande que el poder de la necesidad que lo aplasta. Espiritualmente, el héroe trágico es más fuerte que lo que lo mata”⁹.

No obstante la oposición entre la espiritualidad y grandeza de Filoctetes y la maldad de Vidal y El Coronel no hay un dibujo maniqueísta porque todos cargan con males y bondades ocasionales. El personaje idealizado no es un dechado de virtudes. Incháustegui deja su vida en libertad y agonía para que cumpla su papel de hombre amenazado y ponga en movimiento sus opciones de condenación o salvación.

Lo trágico en Filoctetes de Incháustegui es, pues, la pérdida *no*

necesaria de la vida de un académico con sus frutos científicos que acontece por su resistencia a imposiciones político—sociales. Los defectos del héroe no son limitantes absolutos, no lo fatalizan totalmente. Sobre sus defectos se agigantan sus valores positivos que se pierden innecesariamente.

Consideraciones finales

Filoctetes de Incháustegui es una tragedia de escaso movimiento por el peso de extensos diálogos manteniendo disquisiciones en torno a la muerte, la libertad, Dios, el destino de los pueblos... Los diálogos pretenden explicar y analizar en extremo cortando la animación que ofrecen las tensiones entre los personajes. Diálogos dirigidos y controlados por Filoctetes que ocupa el centro de las referencias, las acciones y los movimientos escénicos. Sobreponiéndose entonces, la caracterización del personaje, del héroe con su nobleza, su postura inflexible, su arrogancia.

Filoctetes no es un revolucionario ni un simple inadaptado social ni un alcohólico ni un demente. Es más bien un escéptico ante las variables determinantes de los pueblos belicistas. Es un negador de los formulismos políticos con pretensiones salvacionistas. Es un comprometido con una causa defendida con especial valentía y explicitada con su muerte. Su renuncia a los juegos convencionales de seguridad y de placeres va acompañada de su ánimo burlón que ridiculiza a todos aquellos que sufren la adaptación social sin ninguna contestación, sin ningún riesgo. Contrariamente a los personajes de Sófocles que sólo se sostienen en la defensa de los principios universales que se encuentran amenazados, Filoctetes de Incháustegui, además de cuestionar y defender esos principios, aborda críticamente los males sociales inmediatos, amenazantes de una sociedad insertada en la guerra. En este sentido, es un personaje que hace de la rebeldía un principio, un modo de vida, poniendo en vilo a otros en parecidas circunstancias, es decir, ofreciéndonos una labor "docente".

En Filoctetes de Incháustegui no hay referencias a ninguna realidad dominicana concreta visible en la apariencia de las formas expresivas. Pero es fácil producir una nivelación de circunstancias con su mundo y la represión en cadena contra los intelectuales, sobre todo en la dictadura trujillista y que puede extenderse a cualquier nación en la que una idea encierra peligro por su poder transformador que anima o suscita. De ahí, el valor universal de Filoctetes.

Sobre este trasfondo ideológico apuntado, se enaltece la poesía, su fuerza lírica rechazando la excesiva datografía, el retoricismo del folletín. En efecto, en todas las enunciaciones literarias de su tragedia quedan disueltas las imágenes innecesarias con apoyo discursivo, las comparaciones estrictamente gramaticales, la adjetivación reiterativa. Por otra parte, resalta el poder de la sugerencia por encima de cualquier rastro del realismo aferrado a una pretendida ficción de registros de aspectos inmediatos y locales. Así, el producto final es un drama contemporáneo que recrea la tragedia de Sófocles con "situaciones y personajes en libertad" que suponen los riesgos de la sociedad en que debemos movilizarnos escamoteando sus esquemas o admitiendo sus compensaciones.

CITAS

1. Enrique Anderson, Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana*. México, Fondo de la Cultura Económica, 1966. Tomo II, p. 185.
2. Manuel Rueda, (Comentario), en: Héctor Incháustegui Cabral, *Miedo en un puñado de polvo: Prometeo, Filoctetes e Hipólito*. Buenos Aires, Américalee, 1964, solapa.
3. Marcio Veloz Maggiolo, *Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo*. Santiago, República Dominicana, UCMM, 1972, p. 236.
4. Rueda, op. cit., solapa.
5. Héctor Incháustegui Cabral, *Miedo en un puñado de polvo: Prometeo, Filoctetes e Hipólito*, Buenos Aires, Américalee, 1964, p. 146. Las citas de este libro serán indicadas poniendo I. y el número de la página entre paréntesis al final de cada texto referido.
6. Sófocles, Esquilo y Sófocles; *Obras completas*, Buenos Aires, "El ateneo" Pedro García, 1957, p. 730. Las citas de este libro serán indicadas poniendo S. y el número de la página entre paréntesis al final de cada texto referido.
7. Alfredo Stern, *Consideraciones sobre la tragedia*. Atenea (Mayagüez, Puerto Rico), 4(1): 9-19, Marzo, 1967.
8. Ibid, p. 14.
9. Ibid., p. 15.